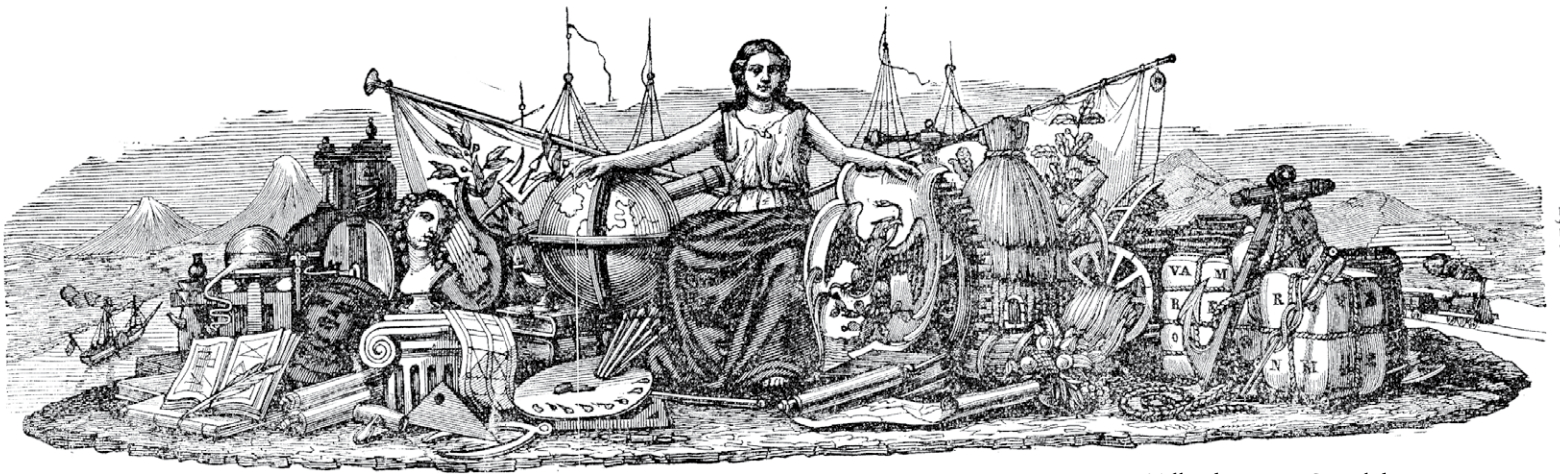


ESCRITORIO



Taller de Ignacio Cumplido

EL CRISTAL CON QUE SE MIRA: VERDAD Y RELATIVISMO EN LA HISTORIOGRAFÍA DE CARLO GINZBURG

*In the eye of the beholder:
truth and relativism in historiography of Carlo Ginzburg*

Graciela Velázquez Delgado*
Universidad de Guanajuato

RESUMEN. En este artículo, sin que pretenda ser exhaustivo sino un acercamiento, se analizará la noción de *verdad* en la propuesta historiográfica de Carlo Ginzburg. Para lograr el análisis de esta noción será preciso mencionar los ejes de análisis: el primero tiene que ver con la interrelación entre la noción de *realidad*, que es el objeto del que se habla, y entre la noción de *verdad*, que es la relación que la realidad tiene con el conocimiento; en el segundo, se discutirá la estrategia metodológica para llegar a conocer la realidad pasada (la reducción de escala); y en el tercero se abordará la dimensión escritural de la propuesta de Ginzburg y sus implicaciones con la verdad. Todo esto con el objetivo de mostrar que el modelo indiciario conduce de forma inevitable al relativismo.

PALABRAS CLAVE: Ginzburg, verdad, indicios, relativismo, relato.

ABSTRACT. In this article, without claiming to be exhaustive but an approach, analyzes the notion of *truth* in the historiographical proposal of Carlo Ginzburg. To achieve the analysis of this notion should be mentioned the analytic axis, the first has to do with the interrelation between the notion of *reality* that is the object of which we study, and from the notion of *truth*, that is the relationship that the reality has with knowledge; in the second, the methodological strategy will be discussed to get to know the past reality (downscaling) and in the third, the scriptural dimension of Ginzburg's proposal and its implications with the truth. All this with the aim of showing that, the indiciary model inevitably leads to relativism.

KEYWORDS: Ginzburg, truth, clues, relativism, story.

Fecha de recepción:
10 de abril de 2015

Fecha de aceptación:
18 de diciembre de 2015

* Licenciada en Historia, maestra y doctora en Filosofía por la Universidad de Guanajuato. Es profesora Titular A en el Departamento de Historia de la misma universidad. Ha publicado artículos sobre historia de Guanajuato y recientemente varios sobre historia de la ciencia. Actualmente trabaja la línea de investigación de teoría y filosofía de la historia, junto con otros colegas del Departamento. De manera particular realiza investigación sobre historia de la ciencia. Contacto: gracevd@gmail.com

INTRODUCCIÓN

La historia ha sido sometida constantemente al escrutinio de las ciencias, se le han impuesto modelos para que demuestre su cientificidad, se le han dirigido críticas demoledoras que la han tambaleado, pero los historiadores siempre han estado prestos a defender su disciplina y, sobre todo, su labor. A este respecto, Carlo Ginzburg ha sido uno de los historiadores que ha defendido la historia y ha revitalizado las discusiones al interior de la misma. Este historiador ha escrito varias obras en las que alude con frecuencia a las nociones tradicionales de la historiografía, como la *objetividad*, la *neutralidad axiológica*, y a la noción de la que se derivan éstas: la *verdad*. Dichas nociones se han transformado, es decir, ahora no son consideradas ahistóricas, sino que precisamente su historicidad las hace cambiantes, mutables y transformables de acuerdo con los criterios y parámetros que les otorga cada sociedad y cada cultura. Esto sucede precisamente con el término de *verdad* en la historiografía, por tanto, en este artículo, sin que pretenda ser exhaustivo sino un acercamiento, se analizará el concepto de *verdad* en la propuesta historiográfica de Carlo Ginzburg. Para lograr el análisis de esta noción será preciso mencionar los ejes de análisis: el primero tiene que ver con la interrelación entre la noción de *realidad*, que es el objeto del que se habla, y entre la noción de *verdad*, que es la relación que la realidad tiene con el conocimiento; en el segundo se discutirá la estrategia metodológica para llegar a conocer la realidad pasada (la reducción de escala); y en el tercero se abordará la dimensión escritural de la propuesta de Ginzburg y sus implicaciones con la verdad. Ello con el objetivo de mostrar que el modelo indiciario conduce de forma inevitable al relativismo.

Ahora bien, volver a recordar y discutir sobre la noción de *verdad* no es un asunto trivial en la historiografía, puesto que nos habla de la forma en como el historiador lleva a cabo su investigación, de sus estrategias heurísticas y metodológicas, de sus construcciones teóricas y de su conclusión escritural. Todo lo anterior nos ayuda a comprender el tipo de anteojos con los cuales cada uno de los historiadores “observa” el pasado.

PARA COMENZAR

Habrá que hacer un poco de remembranza acerca del surgimiento de la corriente historiográfica a la que pertenece Ginzburg: la microhistoria italiana. Esta corriente historiográfica tiene varias etapas de desarrollo. En la primera de ellas, de 1966 a 1976, se inician las trayectorias individuales de sus representantes: Giovanni Levi, Carlo Ginzburg, Edoardo Grendi y Carlo Poni. En esta etapa aún no hablan de microhistoria, pero ya aplican los procedimientos del microanálisis, y poco a poco se va gestando la base teórica de la propuesta. A finales de este periodo, las trayectorias

de estos historiadores coinciden en torno a la revista *Quaderni Storici de la Marche*, editada a partir de 1966. En este tiempo se publica *Los Benandanti. Brujería y cultos agrarios entre los siglos XVI y XVII* (1966), de Ginzburg, la primera obra sobre historia cultural y el primer esfuerzo por explicitar el modelo indiciario. Este periodo culmina con la publicación de *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI* (1976), del mismo autor. En la segunda etapa, de 1978 a 1989, se escriben los textos más importantes de la microhistoria italiana y se difunden los principales aportes teóricos, metodológicos e historiográficos del grupo, y se explicita la principal propuesta metodológica: el cambio de la escala de análisis. En este momento se comienza a hablar de microhistoria y será el más fructífero en la esfera colectiva, en el cual sus representantes producen importantes textos de investigación empírica, pero también cuando concentran las mayores y más ricas contribuciones teóricas y metodológicas. En la tercera etapa, de 1989 al presente, cada uno consolidó su trayectoria individual y se produjo el abandono de la revista por parte de la mayoría de los miembros de la propuesta microhistórica.¹

Hablando específicamente de la trayectoria de Ginzburg, *El queso y los gusanos* fue publicado en 1976, y en 1979 hizo explícito el modelo indiciario en su destacado ensayo “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales”, incluido en *Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia*. Dicho sea de paso, este ensayo es el mejor ejemplo de que la teoría y la práctica van de la mano, a diferencia de lo que tradicionalmente se ha afirmado en la lógica de la investigación científica, que considera que la teoría es anterior a la práctica y le ha dado un peso hegemónico a la primera. Con el libro *El queso y los gusanos*, Ginzburg alcanzó una maduración del modelo indiciario, aunque no lo hubiera explicitado hasta tres años después, en su ensayo mencionado anteriormente. Claro está que dicho modelo ya lo había comenzado a edificar desde su libro *Los Benandanti*, publicado en 1966, pero lo va enrique-

ciendo en una serie de ensayos que culminarán con la publicación de su libro *Historia nocturna. Un desciframiento del aquelarre*, en 1989, y posteriormente en otros libros como *El juez y el historiador. Acotaciones al margen del caso Sofri*, en 1991, *Ojazos de madera. Nueve reflexiones sobre la distancia*, en 1998, y en *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, en 2006. Cabe resaltar que a raíz de la publicación de *El queso y los gusanos*, Ginzburg se convirtió en uno de los más influyentes en la historiografía contemporánea; de hecho, este trabajo historiográfico ha trascendido el ámbito de los historiadores para ser leído por lingüistas, psicólogos, literatos, filósofos, epistemólogos, antropólogos, sociólogos y demás expertos en historia de la ciencia y la cultura.

REALIDAD Y VERDAD EN EL MODELO INDICIARIO

Después de este recorrido de antecedentes, entremos en materia de discusión. En 1990, en la Universidad de California, el historiador israelí Saul Friedlander organizó un círculo de conferencias que tituló “The limits of representation: ‘Nazism and the Final Solution’”. En dichas conferencias participaron Jürgen Habermas, Perry Anderson, Dominick Lacapra, Hayden White y Carlo Ginzburg, entre otros. Los dos últimos defendían posiciones antagónicas frente al estatuto de la verdad histórica y de la historización del nazismo. La polémica entre White y Ginzburg giró en torno a la forma de representar historiográficamente un acontecimiento como el Holocausto. White consideraba que la historiografía recurría constantemente a artificios narrativos para lograr representar los acontecimientos. Por su parte, aunque Ginzburg acepta que la historiografía acude a procedimientos retóricos al momento de representar el pasado, no se reduce a ellos. Además, Ginzburg acusa a White de apoyar una ideología relativista que legitima la postura *negacionista* de los Estados genocidas, ya que la historiografía no puede prescindir del ideal de verdad, pues, de lo contrario, la investigación historiográfica carecería de sentido. Debido a esta posición, Arnold Davidson, en “The epistemology of distorted evidence: problems around Carlo Ginzburg’s historio-

¹ Quiñonez, “Microhistoria”, s/d.

graphy”, menciona que Ginzburg fue tachado de ser un positivista que considera que la realidad es dada y que la verdad es transparente para el historiador.² No obstante las acusaciones anteriores, coincidimos con la apreciación de Davidson de que Ginzburg fue erróneamente juzgado, y enseguida se expondrán algunos argumentos derivados de las diversas obras del propio Ginzburg.

En primer lugar, para él la realidad no es dada, por el contrario, la considera opaca, y por ello muy difícil de conocer, pero tampoco imposible su conocimiento. En su artículo “Checking the evidence: the judge and the historian” (1991) plantea que hay una relación ineludible entre la realidad y los signos, huellas o indicios que percibimos de ella. Ginzburg afirma que los historiadores nunca tienen acceso directo a la realidad, sino únicamente a los indicios y a las pruebas que permiten descifrarla.³

Una pieza de evidencia histórica puede ser involuntaria (un cráneo, una huella, un vestigio de comida) o voluntaria (una crónica, un acta notarial, un tenedor). Pero en ambos casos, es necesario recurrir a un marco interpretativo específico que debe estar relacionado con un código específico de acuerdo al cual la evidencia ha sido construida. La evidencia de ambos casos puede ser comparada con un cristal distorsionado: sin un análisis profundo de estas distorsiones inherentes (los códigos según los cuales se han construido y debe ser percibidos) una reconstrucción histórica del sonido es imposible.⁴

Por tanto, los indicios son el punto de partida del historiador en la indagación que realiza de la realidad pasada. De esta forma, los indicios se convierten en el medio de información entre el historiador y dicha realidad, como lo enuncia enseguida:

[...] la evidencia no es un medio transparente [...] una ventana abierta que da acceso directo a la reali-

dad, pero tampoco es una pared, la cual por definición se opone al acceso a la realidad.⁵

De acuerdo con lo anterior, los indicios son para el historiador una fuente de información que necesita ser descifrada, dado que la categoría de fuente no la posee el indicio en sí, sino que viene dada por la valoración que de él hace el historiador. Ginzburg reconoce que los indicios no pueden ser neutrales, porque contienen un código cifrado de manera intencional por un actor del pasado que puede ser descifrado por otra persona (historiador), siempre y cuando tenga los marcos teóricos adecuados. En suma, la evidencia puede ser descifrada por el historiador según sea “el cristal con que se mira”.

Códigos que parecían impenetrables pueden eventualmente ser descifrados, y nueva evidencia, codificada de nuevas formas, pueden arrojar luz sobre antigua evidencia. Cambiando nuestra interpretación de los códigos que se habían creído sin ambigüedad.⁶

En este punto, Ginzburg es consciente de que la evidencia histórica contiene un sinfín de problemas epistémicos, pero en ningún caso defiende las nociones de *evidencia*, *verdad* y *realidad* como problemáticas. Davidson asevera:

[...] si se examina la práctica historiográfica de Ginzburg, se nota que aunque él no es un antipositivista, que rechaza la legitimidad historiográfica de las nociones como evidencia y prueba, tampoco es un positivista que tome estas nociones como dadas, como si implicara una relación aporoblemática con la verdad y la realidad.⁷

Ahora bien, Ginzburg considera que la evidencia puede estar distorsionada por varios factores, pero incluso los documentos que proporcionan información falsa y subjetiva aportan datos importantes so-

² Davidson, “Epistemology”, 2001, pp. 142-177.

³ Ginzburg, “Indicios”, 1999, p. 162.

⁴ Ginzburg, “Checking”, 1991, p. 84.

⁵ Ginzburg, “Checking”, 1991, p. 83. También véase Davidson, “Epistemology”, 2001, p. 149.

⁶ Davidson, “Epistemology”, 2001, p. 152.

⁷ Davidson, “Epistemology”, 2001, p. 150.

bre el pasado. En este punto se distancia de la crítica interna que postulaba Marc Bloch, quien aconsejaba lo mismo que Fustel de Coulanges a sus alumnos, que a la letra dice: “si advierten una afirmación falsa por mi parte no dejen de señalarla, pues lo esencial es lograr establecer la verdad”.⁸ Mientras que para Bloch era posible discernir entre lo falso y lo verdadero, para Ginzburg es sumamente complicado establecer una distinción tajante, pues en los documentos históricos se encuentran interrelacionadas y entreveradas afirmaciones que pertenecen a los ámbitos de lo verdadero, lo falso y lo ficticio.

Siguiendo con la noción de *evidencia*, Ginzburg asevera que ésta puede estar distorsionada por los marcos conceptuales con los que el historiador la revisa, la clasifica y le da un estatus de prueba. Pero la distorsión de la que habla Ginzburg conduce a varias preguntas de carácter epistémico, a saber: ¿cómo puede el historiador afirmar algo como conocimiento histórico cuando de antemano reconoce que la evidencia se encuentra distorsionada?, ¿si la evidencia está distorsionada, qué tan verdadera es?, ¿si la evidencia se encuentra distorsionada, cómo sabe el historiador que descifró correctamente los códigos?, ¿acaso existe un solo y único código posible con el cual se descifra la evidencia?

Dichas preguntas contienen la marca del relativismo y del escepticismo acerca del conocimiento, pero Ginzburg formula el modelo indiciario como una respuesta a esas posturas. Ginzburg cree en la posibilidad de obtener conocimiento histórico por medio de las huellas que el pasado ha dejado tras de sí, plantea que aunque la evidencia esté distorsionada siempre habrá alguna forma de descifrarla, y acepta que siempre habrá una mejor interpretación que otra.⁹ En ese sentido, según expresa Ginzburg, “alcanzar la realidad histórica (o la realidad) directamente, es por definición imposible”,¹⁰ pero al mismo tiempo rechaza la inevitabilidad, según la cual, “la incognoscibilidad de la realidad” suponga “caer en una

forma de escepticismo perezosamente radical que es al mismo tiempo insostenible desde el punto de vista existencial y contradictoria desde el punto de vista lógico”.¹¹ Sin embargo, su modelo basado en los indicios conlleva puntos sumamente problemáticos: en primer lugar, los indicios de la realidad son muestras sumamente frágiles de ella; en segundo, no se puede saber qué tan verdaderos son, precisamente por la debilidad de su fuerza probatoria. Aquí se encuentra el punto nodal y problemático de la propuesta ginzburguiana, pues en la filosofía de la ciencia tradicional se tiene por establecido que para que algo sea considerado como conocimiento debe ser demostrada su certeza por medio de la evidencia. Ésta no es solamente el documento o el soporte material en la que se manifiesta la realidad, sino que es la relación que el historiador establece entre dicho soporte material y la realidad misma. Pero, en el caso del modelo indiciario, ¿cómo se puede establecer la certeza del conocimiento? o ¿cómo se establece una relación de certeza clara y manifiesta entre la realidad pasada y los indicios que el historiador presenta?

En el modelo de Ginzburg, la respuesta a estas cuestiones presenta cierta ambigüedad con respecto al conocimiento de la realidad pasada, pues no dejará de asumir el postulado de la verdad al estilo rankeano, “aquello que estrictamente sucedió”, pero, a la vez, es consciente de que debido a los procedimientos cognoscitivos del historiador no es posible recuperar totalmente lo “que sucedió en el pasado”. Queda claro entonces, que para él, el historiador no debe olvidarse de las viejas nociones de *realidad* y *verdad* en el sentido evocado por Ranke;¹² pero debe reestructurarlas, de acuerdo con los nuevos condicionamientos de la Historia.

Paul Ricoeur, en *La memoria, la historia, el olvido* (2000), publicada veintidós años después de que apareció el artículo de “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales” de Ginzburg, reconoce que Ginzburg abre positivamente una dialéctica del indicio y del testimonio en el interior de la noción

⁸ Bloch, “Fustel”, 2008, p. 247.

⁹ Ginzburg, “Checking”, 1991, p. 83.

¹⁰ Ginzburg, “Checking”, 1991, p. 83.

¹¹ Ginzburg, *Hilo*, 2010, p. 321.

¹² Ginzburg, *Hilo*, 2010, p. 305.

de huella; sin embargo, critica que reduzca la noción de *documento* al de *huella*. El documento no es dado, como podría sugerir la noción de huella; el documento es buscado y encontrado. En palabras de Ricoeur, “nada es en cuanto tal documento, aunque cualquier residuo del pasado sea potencialmente huella”.¹³ Para un historiador, todo puede devenir en documento, con la idea de encontrar en él una información sobre el pasado. Sin embargo, no debemos olvidar que para el historiador la auténtica realidad histórica no son los objetos que le sirven de herramienta, sino la vida humana diaria que hay detrás de ellos, de los “hombres en el tiempo”, como afirmaba Marc Bloch, lo cual implica una relación fundamental entre el presente y el pasado a través de los vestigios. Una relación dialéctica en donde la huella constituye, por tanto, el operador del conocimiento “indirecto”, o bien, el nexo objetivo entre el pasado y el presente. Esta crítica que esgrime Ricoeur es correcta si se considera solamente la noción de *huella*, pero no, si lo que está en la palestra de la discusión es la de indicio, ya que éste no es considerado, al menos por Ginzburg, como algo dado, sino como algo que proviene de la realidad, pero que no es indicio sino hasta que el historiador lo interpreta y lo relaciona con la realidad pasada.

LA REDUCCIÓN DE ESCALA COMO ESTRATEGIA METODOLÓGICA DEL PARADIGMA INDICIARIO

La llamada *crisis de la razón* a la que aluden los filósofos y científicos sociales posmodernos dio lugar a que nacieran corrientes y propuestas como la que nos ocupa en este momento. El surgimiento de la microhistoria coincide con la emergencia del posmodernismo y con varias propuestas que rechazan los postulados de la modernidad, y es por ello que, en ocasiones, se ha pretendido identificar la microhistoria con el movimiento posmoderno; sin embargo, aunque concuerda con algunos de sus supuestos, no son compatibles del todo. Uno de los puntos en los que coinciden es la aceptación del resquebrajamiento del paradigma de la modernidad, se oponen a las universalizaciones del

conocimiento, a los metarrelatos, al sometimiento del conocimiento humanista a leyes, y apuestan por un conocimiento local. Uno de los defensores del conocimiento local fue Clifford Geertz, quien en su obra *Local Knowledge. Furtheressys in interpretativeanthology* (1983) menciona que todo conocimiento se produce en un contexto local determinado históricamente. Esto quiere decir que no existe un conocimiento fuera del contexto cultural, que es construido y, por eso, puede ser contradictorio. Por tanto, la validez de este conocimiento no depende de los cánones occidentales universalizantes, sino de las construcciones culturales locales.¹⁴ En este sentido, aunque el historiador siempre se ha ocupado de eventos particulares, algunas corrientes historiográficas pretendieron apostar por modelos nomológico-deductivos o hipotético-deductivos para justificar el conocimiento histórico, tal es el caso de los postulantes de la historia serial (francesa) o cuantitativa (estadounidense). Ginzburg rechaza estos modelos y se decanta por un modelo menos pretensioso, menos abarcante, con un toque enfocado en lo local, puesto que la realidad conocida por un individuo siempre es local. El enfoque microhistórico es un procedimiento que toma como punto de partida lo particular para identificar su significado dentro de un contexto específico por medio de diversos indicios, signos y síntomas. Para escudriñar en lo local, Ginzburg propone la reducción de escala como el instrumento metodológico por excelencia para que el historiador logre descubrir pequeñas huellas o indicios presentes en los documentos, que al ser analizados a escala micro revelarán aspectos que de otra manera pasarían desapercibidos.

Los microhistoriadores italianos realizaron sus obras utilizando este modelo; por ejemplo, Ginzburg en *El queso y los gusanos* narra la historia de un molinero friuliano —Domenico Scandella, conocido como Menocchio— muerto en la hoguera por el Santo Oficio de la Inquisición tras una vida transcurrida en el más completo anonimato.¹⁵ Menocchio nacido en 1532, en Montereale, un pueblito de las colinas de Friuli, en los Alpes del Véneto, compartió

¹³ Ricoeur, *Memoria*, 2000, p. 232.

¹⁴ Geertz, *Conocimiento*, 1994.

¹⁵ Ginzburg, *Queso*, 1997, p. 15.

algunas de sus interpretaciones teológicas con algunos de sus vecinos y familiares; por ejemplo, afirmaba que en un principio todo era caos, y que al pasar el tiempo se formó naturalmente una masa que era el cosmos, como cuando se hace el queso con la leche, y que en él se formaron gusanos que eran los ángeles. Él consideraba que de ahí había salido el mismo Dios.¹⁶ Por supuesto, la alusión al queso y a los gusanos desempeñaba una explicación analógica de lo que él conocía en su día a día. El pensamiento de Menocchio manifestaba las ideas que concebía a partir de las lecturas que había hecho, como *La Biblia* en lengua vulgar y el *Florilegio*. También condenaba que la Iglesia medrara la economía de los fieles, pues los párrocos y funcionarios eclesiásticos se aprovechaban de los creyentes en los juicios por el uso del latín, incomprensible para muchos acusados.¹⁷ Todo esto llevaría a que en 1583 Menocchio fuera acusado por el párroco del pueblo ante la Inquisición por herejía.

Giovanni Levi, en *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piamontés del siglo XVII* (1985), relata la vida del cura de Santena, un pueblo del Piamonte italiano, Giovan Battista Chiesa, quien es delatado al Santo Oficio por practicar exorcismos y curaciones en masa, utilizando como instrumento de sanación un violín. A este cura se le atribuyeron varios milagros, pues logró “sanar” a algunas personas que habían acudido a él aquejados con diversos padecimientos; sin embargo, poco a poco va perdiendo credibilidad entre la población de los diversos pueblos que visita y es atacado por ser considerado un charlatán. El cura es censurado varias veces por el tribunal del Santo Oficio, pero logra en repetidas ocasiones el indulto, gracias a las relaciones familiares que mantiene con los señores de distintos pueblos, quienes confían en él, e incluso, lo solapan y lo esconden del tribunal.¹⁸

Estas dos investigaciones nos permiten conocer la propuesta microhistórica. Ginzburg se centra en el caso de un individuo (Menocchio), pero no se queda en él, nos informa sobre las creencias de la pobla-

ción de un pueblo italiano o de una región. Levi, por su parte, le sigue la pista al cura para conocer no sólo las relaciones familiares, sino las creencias de la población de los diversos pueblos del Piamonte que visita el personaje. Es claro en estos dos ejemplos que los individuos están en contradicción con los sistemas normativos; por un lado la norma, y por otro el punto de vista del individuo, pues bien, a Ginzburg y Levi, en un primer momento, les interesa más el individuo, sus creencias, sus ideas, pero no se conforman con eso, de ahí efectúan conjeturas que les permiten realizar afirmaciones más generales sobre las creencias de un pueblo, de una región italiana o de Europa.

En las dos obras, no obstante que se reconoce que los sistemas normativos son opresivos, se priorizan las posibilidades que tienen los individuos para interpretar las normas y actuar bajo su voluntad. Levi afirma:

[...] así, toda acción social se considera resultado de una transacción constante del individuo, de la manipulación, la elección y la decisión frente a la realidad normativa que, aunque sea omnipresente permite, no obstante, muchas posibilidades de interpretación y libertades personales.¹⁹

El microanálisis es uno de los rasgos fundamentales de la microhistoria, donde hay una gran tensión entre la “formalización” y la “voluntad”. El análisis microsocioal que proponen tanto Ginzburg como Levi parte de la creencia de que la experiencia más elemental, la del grupo reducido, o incluso la del individuo, es la que contiene más información sobre algún problema historiográfico. La reducción de escala es el principio metodológico en el que no se trata de estudiar cosas pequeñas, sino mirar un punto específico para llegar a formular problemas generales. Así, el molinero Domenico Scandela (Menocchio), de Ginzburg, y el cura Giovan Battista Chiesa, de Levi, se convierten en los individuos por medio de quienes se da cuenta de una realidad más amplia y profunda. Según Levi, el objetivo de la modificación de la escala de observación es lograr que a medida que se reduce la escala

¹⁶ Ginzburg, *Queso*, 1997, pp. 108-109.

¹⁷ Ginzburg, *Queso*, 1997, pp. 54-56.

¹⁸ Levi, *Herencia*, 1990.

¹⁹ Levi, “Sobre”, 2003, p. 121.

se haga más preciso el detalle, porque “hasta la acción más nimia —el que alguien compre un pan— implica de hecho al sistema mucho más amplio del conjunto de los mercados mundiales de los cereales”.²⁰ Con este ejemplo tan simple se puede apreciar el todo a partir de la parte, pero también la parte desde el todo. En la perspectiva de Ginzburg, Menocchio no era el único que pensaba de la manera como lo hizo, sino que sus inquietudes teológicas las compartían seguramente varios miembros de su pueblo con los que se relacionaba; así que en este caso, el individuo (Menocchio) podría informar al historiador sobre una situación más profunda, de lo contrario, si se hubiera presentado a Menocchio como el único individuo que pensaba de esa manera, estaría fuera de toda racionalidad y no sería tomado en cuenta para un estudio historiográfico. De esta forma, el individuo puede informarnos acerca de las tensiones normativas entre la estructura de la Iglesia y un miembro de las clases subalternas, como representante excepcional de un grupo o comunidad.

Con el análisis del caso Menocchio, Ginzburg se enfrenta a diversos problemas: la escasez de fuentes para hablar de la cultura de las clases subalternas, pues las pocas que encontró las generó la estructura del poder (Inquisición). Para Ginzburg esto es un reto, puesto que el problema metodológico es cómo el historiador puede dar cuenta de la cultura de las clases subalternas desde la información que ofrecen las clases hegemónicas. Esto sólo puede hacerse con una lectura a contrapelo de los documentos inquisitoriales. El objetivo central es tratar de descifrar las claves de los códigos principales que constituyeron el aparato vertebral de la cultura campesina italiana, pero también de las estructuras profundas de las clases populares europeas durante el siglo XVI.²¹

En esta obra, Ginzburg reacciona contra varias posiciones historiográficas y filosóficas. Por un lado, se distancia de la historia de las mentalidades francesa de Robert Mandrou, que postulaba que las clases dominantes eran las únicas que generaban cultura,

que posteriormente era impuesta a las clases populares.²² Rechazó también la historia tradicional de las ideas por concentrarse en las creencias de la aristocracia sin reconocer la existencia de la cultura popular, ya que consideraban que las clases subalternas eran portadoras de “creencias y visiones primitivas del mundo”, y no de verdadera y estricta “cultura”.²³ Ginzburg no estaba de acuerdo con esa visión vertical de la cultura, pues existe una cultura popular que se genera y se produce constantemente, dentro de una permanente negociación cultural, donde las clases hegemónicas también tienen cabida, puesto que utilizan, retoman y transforman algunos de los elementos que aportan los subalternos que se resisten a la imposición de la cultura hegemónica, salvaguardando elementos de su propia cultura.

Asimismo, Ginzburg señala algunas de las limitaciones de las distintas variantes de la historia cuantitativa y serial en los fenómenos culturales, pues privilegian los fenómenos de masa que pueden ser seriados y cuantificados, y tienden a olvidar la relevancia de los aspectos cualitativos.

Otra de las posiciones en torno de la historia cultural criticadas por Ginzburg fue la que postulaba Michel Foucault, quien insistió en la inaccesibilidad total de la cultura popular, puesto que el acceso a esta cultura se hace a través de los testimonios escritos por miembros de la cultura dominante; por tanto, lo que nos llega se encuentra deformado o sesgado, a tal punto que la vuelve indescifrable. Frente a esta postura, Ginzburg reconocerá la enorme dificultad que implica la reconstrucción de esa cultura de las clases subalternas, pero no por ello se vuelve inaccesible, más bien considera que el historiador debe buscar formas de interpretación a contrapelo con la aplicación del “paradigma indiciario” para tratar de descifrar sus códigos y sus estructuras principales.²⁴

Para Ginzburg, la cultura popular de las clases subalternas no es homogénea ni temporalmente establecida, no es algo que pueda definirse de manera

²⁰ Levi, “Sobre”, 2003, p. 122.

²¹ Aguirre, “Queso”, 2003, p. 75.

²² Ginzburg, *Queso*, 1997, pp. 17-18.

²³ Aguirre, “Queso”, 2003, p. 78.

²⁴ Ginzburg, *Queso*, 1997, p. 21.

simple, en tanto que la considera un entramado sumamente complejo de relaciones espaciales, temporales e intersubjetivas entre los diversos individuos que la conforman. Para él, cada actor histórico participa en procesos de dimensiones y ámbitos diferentes, desde lo más local a lo más global. No se refiere a una oposición entre micro y macroanálisis, ya que no se trata de realidades diferentes, sino de aspectos diversos de la misma realidad, observada desde distintas escalas; pero claro, esto solamente lo puede observar el historiador cuando se coloca en otro tiempo para analizar las acciones de los individuos del pasado.

Ahora bien, en cuanto a la justificación del conocimiento, ¿a qué nos conduce esta propuesta? Heurísticamente la propuesta es interesante, pero también debemos considerar la validez del conocimiento que se logra obtener con ella. La justificación del conocimiento histórico en este modelo tiene dos falencias: por un lado, el modelo aspira al análisis de las particularidades de los acontecimientos, a reducir la escala de análisis para lograr una mayor profundidad, pero no necesariamente esto es así, porque si el historiador se confina a las particularidades perderá de vista que hay algunos factores que son compartidos o parecidos en otros acontecimientos y, si solamente se enfoca en pequeñas porciones de la realidad, el conocimiento será sumamente limitado; y por otro, supone lo local como lo más relevante, y esto también imposibilita al historiador para realizar apreciaciones generales de otro espacio o de otra época. Lo anterior conduce al relativismo, puesto que el conocimiento obtenido siempre será local, particular, relativo a un tiempo, a un lugar o a un personaje histórico determinado y, por tanto, no aplicable en otros casos.

LA DIMENSIÓN ESCRITURAL DE LA PROPUESTA HISTORIOGRÁFICA DE GINZBURG

Ginzburg mantiene que el historiador no debe olvidar el ideal de verdad al estilo rankeano, pero reconoce que es imposible por el tipo de procedimientos que realiza el historiador, puesto que no se puede captar *uno a uno* la realidad pasada en el presente; el

historiador puede restituir, en parte, el conocimiento de ella por medio de los indicios, huellas o signos que permanecen en el presente.

Ginzburg considera que la historia es una comunicación que se realiza entre el historiador y el lector de sus obras, por tanto, el historiador debe poner especial atención a lo que escribe y cómo lo escribe. No es extraño que este tipo de afirmaciones estén presentes en Ginzburg, puesto que él mismo acepta que ya algunos historiadores de *Annales* hablaban al respecto, como es el caso de Georges Duby, quien recuerda la lección de historia aprendida de Febvre y Bloch:

[...] llevar a cabo una investigación con todo el rigor que ello requiere, no le obliga a la hora de dar a conocer los resultados de su investigación a escribir con frialdad, pues el sabio cumple tanto mejor su función cuanto más gusta a los que le leen, y los retiene y cautiva con los ornamentos de su estilo.²⁵

Por supuesto, el objetivo del historiador es ofrecer al lector no sólo un relato estéticamente interesante sino verosímil. Para ello, el historiador se enfrenta con la fiabilidad de las fuentes, con la confiabilidad de los testigos y con las fuentes heterogéneas que contienen información sobre casos extraordinarios donde predomina la incertidumbre. Por ello, el discurso histórico depende en buena medida de la cualidad personal y de la capacidad individual que el historiador tenga para revelar ese pasado.²⁶ Y si las evidencias están impregnadas de incertidumbre, entonces todas las afirmaciones que se deriven de ellas serán puramente conjeturales. Esto hace que la parte escritural de la historiografía también nos lleve a contemplar la noción de *verdad* en el relato que construye el historiador. Si en las fuentes predomina la incertidumbre, entonces el historiador no puede escribir su relato como si todo fuera verdadero, por el contrario, el historiador debe recurrir a estrategias narrativas con las que le indique al lector la incertidumbre de las fuentes y sus propias dudas.

²⁵ Duby, *Historia*, 1993, p. 13.

²⁶ Serna y Pons, "Ojo", 1993, p. 119.

La propuesta microhistórica de Ginzburg requiere, según él mismo defiende, una forma discursiva basada en el relato. Esto nos habla de que estaba en sintonía con las discusiones de su época: el parentesco entre la historia y la literatura. Sin embargo, Ginzburg consideraba que entre los historiadores no se ha dado una atención reflexiva sobre el propio discurso, entendiendo por tal no sólo el texto final de la monografía, sino también los procedimientos y los recursos retóricos que permiten presentar los resultados de la investigación. En el caso de la historia, los resultados de la investigación están basados en la argumentación que le ofrece al lector.

Ginzburg no dudará en plantear que en las obras historiográficas hay una relación ineludible entre lo verdadero, lo falso y lo ficticio. Con esta afirmación, Ginzburg asegura que los historiadores pueden investigar una época del pasado a través de lo que es inventado. La invención nos comunica algo de la vida real de las personas que vivieron en el pasado. El reto para el historiador es llegar a establecer los argumentos adecuados con los cuales se aluda a la presencia física de un acontecimiento o persona en particular, se trata de convencer al lector de que el historiador estuvo ahí y que el lector también puede transportarse de la mano de su narración por medio de la imaginación. En su texto “Descripción y cita” menciona que el historiador antiguo debía comunicar la verdad de lo que afirmaba, debía convencer a sus lectores por medio de la *enárgeia*, y que se diferenciaba de la tarea de los poetas, porque ellos estaban encargados de subyugar a su público.²⁷ Posteriormente, el historiador utilizó la *demonstratio*, que no es otra cosa que el quehacer del orador que hace un objeto visible, casi palpable para quien lo escucha (*enargés*). Del mismo modo, el historiador comunica a su lector su propia experiencia directa como testigo o indirecta a sus lectores por medio de la *enárgeia*.²⁸ Algo parecido a lo que menciona Ginzburg lo había planteado Emile Benveniste, quien comenta que el historiador clásico de los griegos era el que estuvo allí y apelaba a su condición de testigo directo de lo que aconteció. No obs-

tante, en la actualidad los historiadores narran desde un presente hasta un pasado muy remoto y, por lo tanto, solamente aquellos que participaron en un acontecimiento de su presente pueden afirmar que estuvieron ahí.²⁹ Claro que, para suplir la presencia física, el historiador en el presente recurre a las estrategias narrativas con las que comunica su investigación.

El modelo indiciario parece implicar por necesidad la narración. Recordemos que Ginzburg menciona que el cazador es el primer narrador, fue él quien primero contó una historia, es decir, una narración con un orden coherente que encadenaba hechos diversos a los que atribuía un sentido al desentrañar las huellas, los vestigios, de un animal, de una presa, que había pasado por *allí*.³⁰ Ginzburg plantea que cuando la mayor preocupación de los hombres era proveerse de alimento mediante la cacería, aprendieron a reconocer la pista de sus presas en los indicios minúsculos:

[...] huellas en el barro, ramas quebradas, estiércol, mechones de pelo, plumas, concentraciones de olores. Aprendió a olfatear, registrar, interpretar y clasificar rastros infinitesimales como, por ejemplo, los hilillos de baba.

Luego contaban su historia de lo que pasó por medio de un relato.

A Ginzburg le interesa interpretar la realidad a través de una cuidadosa reconstrucción de sus significados, le interesa observar y descubrir el punto de vista del “nativo”, pero es precisamente la carencia de documentación la que le permite utilizar su modelo conjetural para interpretarlo y darlo a conocer al lector por medio de la narración, haciéndolo pensar que estuvo *allí*.³¹

Arnold Davidson menciona:

Ginzburg hace notar no sólo la legitimidad, sino también la necesidad de integración de las lagunas documentales, debidas a la pobreza de la documentación,

²⁷ Ginzburg, *Hilo*, 2010, p. 24.

²⁸ Ginzburg, *Hilo*, 2010, p. 25.

²⁹ Serna y Pons, “Ojo”, 1993, pp. 121-122.

³⁰ Serna y Pons, “Ojo”, 1993, p. 122.

³¹ Serna y Pons, “Ojo”, 1993, p. 122.

por elementos sacados del contexto. Sin embargo, no todos los contextos poseen igual categoría y las evidencias derivadas de ellos tienen que ser valoradas de modo diferencial.³²

Ginzburg reflexiona sobre la intención del historiador al narrar, ya que para él se trata no solamente de reconstruir una experiencia individual, sino también de contarla con todos los obstáculos y ausencias documentales que se interponen en la investigación y que deben ser elementos constitutivos del relato. Las hipótesis, las dudas, las incertidumbres llegan a ser parte del relato.³³

En la construcción del relato, las fuentes no son fragmentos de un todo sistemático, sino hay grietas y lagunas en las que el historiador debe estar atento para indicarle al lector las dificultades con las que fue construido. Por tanto, Ginzburg introduce el concepto de *integración* para resaltar cómo se construye la presentación narrativa de la documentación histórica. Para ello, utiliza un lenguaje en modo condicional o expresiones como “quizá”, “podría haber sido”, “muy probablemente”, para darle a entender al lector el carácter conjetural de su narración. Un ejemplo excepcional, dice Ginzburg, se encuentra en la obra de la historiadora norteamericana Natalie Zamon Davis, *El regreso de Martin Guerre*:

En lugar de ocultar sus integraciones literarias, una historiadora como Davis, consciente de las consecuencias cognitivas y la fuerza retórica de esas integraciones, permite que se muestren y con ello deja que el lector distinga correctamente entre las implicaciones de un ‘ciertamente’ y las de un ‘quizá’.³⁴

El relato representa una función esencial en el trabajo del historiador. En el caso de Ginzburg, en el relato se pretenden incorporar los procedimientos de la investigación, las ausencias y lagunas documentales en una argumentación formal y retórica para convencer por un efecto de realidad a su lector.

Ahora bien, como ya lo hemos mencionado antes, para este autor la historia no se fundamenta sólo en procedimientos retóricos para lograr un discurso verosímil. En ello concuerda explícitamente con lo que, por ejemplo, el propio Duby postulaba: aunque la técnica de un arte esencialmente literario sea fundamental, a lo más que puede aspirar un historiador es a un “nominalismo moderado”, es decir, más allá del discurso hay una necesidad de veracidad que separa al investigador del autor de relatos de ficción.³⁵

En resumen, para Ginzburg las prácticas de la narración histórica y la categoría cognitiva de las presentaciones literarias imponen al historiador exigencias que éste no puede pasar por alto. Ni tampoco puede refugiarse de esas exigencias en una falsa conciencia de que su obra presenta hechos y nada más que hechos. En vez de eso, debería desarrollar una autoconciencia más aguda acerca de sus propias invenciones literarias utilizando las oportunidades de su escritura para ayudarnos a investigar más a fondo nuestra finisecular relación entre el que narra y la realidad.³⁶

PARA CONCLUIR

A lo largo de las líneas de este artículo queda claro que el planteamiento de Ginzburg se distancia de las propuestas francesas de los *Annales*, que le daban demasiada importancia a los fenómenos repetibles por medio de la seriación de datos que privilegiaban el anonimato, así como a la larga duración. Frente a esta historia, Ginzburg defendió un modelo de análisis más modesto, que permitiera reducir el objeto de investigación y que estuviera constantemente atendiendo el contexto donde se desarrollaron los hechos. Asimismo, Ginzburg respondió a los retos que algunas posturas le impusieron a la historia, como por ejemplo el posmodernismo, el giro lingüístico y el giro antropológico.

En su modelo, el indicio es la forma más débil para establecer y justificar el conocimiento his-

³² Davidson, “Epistemology”, 2001 p. 175.

³³ Quiñonez, “Microhistoria”, s/d.

³⁴ Ginzburg, “Pruebas”, 2003, p. 218.

³⁵ Duby y Lardreau, *Diálogos*, 1998, p. 41.

³⁶ Davidson, “Epistemology”, 2001, p. 177.

tórico. Sin embargo, Ginzburg le da al indicio una relevancia significativa, pues reconoce que el conocimiento histórico siempre es conjetural, y que esto no implica caer en una posición escéptica, sino significa que como el historiador no puede acceder de manera directa a la realidad pasada, ésta le será opaca al tratar de analizarla y, por lo tanto, las inferencias que se deriven de esta observación serán hipotéticas, conjeturales y falibles.

Este modelo está situado en el sujeto, en lo que el historiador puede interpretar o analizar, pues él es quien puede descifrar los códigos que contiene la evidencia que se le presenta del pasado. Si bien, este modelo le da un papel protagónico al historiador sin desatender a la realidad pasada, cae en un perspectivismo, puesto que cada historiador puede tener una interpretación diferente de los acontecimientos de acuerdo con la evidencia y los marcos interpretativos que utiliza.

La bondad del modelo indiciario que propone Ginzburg restituye la posibilidad de pensar un sujeto como parte de un contexto que él mismo construye e interpreta. En este sentido, el historiador no es un pasivo contemplador de la esencia de las cosas ni de lo “que estrictamente sucedió”, sino un activo fabricante de mediaciones discursivas de la realidad dependiendo del “cristal con que se mira”. No obstante, Ginzburg no se atreve a enunciar las consecuencias del modelo indiciario y prefiere sostener una posición intermedia, que no caiga en formas radicales de escepticismo y relativismo, pero radicales o no, el modelo conduce de manera inevitable al relativismo y, por ende, al escepticismo.

FUENTES

Bibliográficas

Aguirre, Carlos Antonio, “El queso y los gusanos, un modelo de historia crítica para el análisis de las culturas subalternas”, en *Revista Brasileira de Historia*, Sao Paulo, 2003, vol. 23, núm. 45, pp. 71-101.

- Bloch, Marc, “Fustel de Coulanges, historiador de los orígenes de Francia. L’Alsace française”, en Marc Bloch, *Historia e historiadores* (textos reunidos por Étienne Bloch), Madrid: Akal, 2008.
- Davidson, Arnold, “The epistemology of distorted evidence: problems around Carlo Ginzburg’s *Historiography*”, en *The emergence of sexuality: historical epistemology and the formation of concepts*, London: Harvard University Press, 2001, pp. 142-177.
- Duby, Georges, *La historia continúa*, Madrid: Debate, 1993.
- Duby, Georges, y Guy Lardreau, *Diálogos sobre la historia*, Madrid: Alianza Universidad, 1988.
- Geertz, Clifford, *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*, Barcelona: Paidós, 1994.
- Ginzburg, Carlo, “Checking the evidence: the judge and the historian”, en *Critical Inquiry*, 1991, vol. 18, núm. 1 (Autumn), pp. 79-92.
- *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona: Muchnik, 1997.
- “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales”, en *Mitos, emblemas e indicios*, Barcelona: Gedisa, 1999, pp. 138-175.
- “Pruebas y posibilidades”, en *Tentativas*, Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2003.
- *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, México: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Levi, Giovanni, *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piamontés del siglo XVII*, Madrid: Nerea, 1990.
- “Sobre microhistoria”, en Peter Burke (ed.) *Formas de hacer historia*, Madrid: Alianza, 2003, pp. 119-143.
- Quiñonez, María Mercedes, “La microhistoria italiana: propuestas y desafíos”, s/d. Recuperado de <<http://www.unsa.edu.ar/histocat/historiahoy/cart-quinonez.htm>> (consultado el 20 de agosto de 2011).
- Ricoeur, Paul, *La memoria, la historia, el olvido*, México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Serna, Justo, y Anaclet Pons, “El ojo de la aguja. ¿De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?”, en *Ayer*, Madrid, 1993, núm. 12, pp. 93-133.